

EL ORDEN NATURAL DE LAS COSAS

Ariel Pukacz

EL ORDEN NATURAL DE LAS COSAS

ALTO POGO **EL 8vo. LOCO** milena caserola
EDICIONES

Ningún derecho reservado.
Alentamos la reproducción total o parcial de esta obra,
mediante cualquier medio, consignando los créditos y
la fuente de la misma.

Coordinación general del proyecto
Ana Ojeda / Nicolás Correa /
Marcos Almada / Agustín Montenegro
exposiciondelaactual@gmail.com

Curador del volumen
Agustín Montenegro

Coordinación gráfica
Laura Ojeda Bár
laura.ojeda.bar@gmail.com
cargocollective.com/laura-o

Producción
Matías Reck
losreck@hotmail.com

Este libro se terminó de imprimir en Buenos Aires,
Argentina, en octubre de 2014.

 exposiciondelaactual

www.exposiciondelaactual.blogspot.com

ÍNDICE

La estatua (1951-2007)	13
La semilla de arce (1837-1984)	21
El auto (1967-1968)	25
El pantalón (1999-2006)	29
La botella (1854-1897)	33
La computadora (2035-2038)	37
El billete de un dólar (1933-2001)....	45
El diente de vaca (1477-1998)	49
El meteorito (1000 AC-1970)	55
El bolígrafo (2009-2011)	57
El árbol de pino (1988-2009)	63
La segunda botella (1984-1985)	69

La glicerina (2003-2003).....	75
El cuerpo (1949-1993).....	81
Las fotos (1955-1999).....	87
La moneda (1958-1993).....	95
La biblioteca (1938-1967).....	103
El control remoto (2001-2021).....	109
<i>El Golem</i> (1915-2007).....	113
Acerca de mí	119
Arte de tapa.....	xx

*En la memoria de mi abuelo Yankl-Meyer Pukacz.
A mi familia, a mis amigos, a Hernán.*

*Mil novecientos cincuenta y ocho. Esta moneda
ha viajado veintidós años para llegar hasta aquí.
Y ahora está aquí. Y yo también. Y tengo la mano
encima. Y solo puede ser cara o cruz. Y a usted le
toca decidir.*

Cormac McCarthy, *Sin lugar para los débiles*

*¿Quién podía asegurarnos que aparte de la flecha
que habíamos descubierto no había otras señales
ocultas en las paredes, o en otra parte, por ejemplo en
la combinación de manchas que había sobre el lavabo
y el pedazo de tronco que estaba en el armario, o en
las hendiduras del suelo...? Si habíamos descifrado
casualmente un signo, ¿cuántos otros nos podían pa-
sar inadvertidos ocultos en medio del orden natural
de las cosas?*

Witold Gombrowicz, *Cosmos*

*Eh, tú, detente, confiesa el secreto que ocultas al
mundo.*

Robert Walser, *El bandido*

LA ESTATUA (1951-2007)

Severino es un anciano y pasea solo por la feria de San Telmo, intenta recuperar su pasado en objetos antiguos. Los precios suelen ser demasiado elevados y casi siempre se va con las manos vacías y una sensación áspera en su interior: ansiedad que lo hace sentir viejo. Va todos los domingos con la ilusión de encontrar un objeto que lo acompañe, que vuelva con él a su casa y lo haga sentir menos solo en esa época que no comprende y que le pasó por encima.

Es el segundo fin de semana de oc-

tubre de 1999. Vuelve a la feria, insiste entre los puestos y revisa todos los objetos. Las yemas de sus dedos se encuentran negras por la suciedad, lo que permite que sus huellas dactilares se vean claramente: dibujos elípticos, laberintos minúsculos y privados.

Ya agotado y a punto de irse ve algo, una estatua amarilla de un elefante. El animal está sentado y tiene cuatro brazos. Su valor es de treinta pesos. Duda y la siente ajena pero cree que puede adornar muy bien ese estante de su biblioteca que todavía se encuentra desnudo por la falta de nuevos libros. La lleva.

La estatuilla queda apoyada sobre la madera oscura del mueble, de espalda a la pared. El estante nunca se completa. El hombre envejece con lentitud, apenas sale y nadie lo visita. Su casa se llena de papeles y basura

de la que nunca se deshace y pasa horas sentado en el balcón o mirando televisión. Un tiempo después queda finalmente ciego y se dedica a escuchar al aparato, intentando darle sentido a los sonidos más allá de las imágenes que no puede captar. Una enfermera intenta leerle sus libros, pero la gran mayoría se encuentran escritos en yiddish. Los que tiene en español ya no le interesan.

El tiempo pasa (para él lento) y ya no es solamente su estado físico el que empeora sino también su salud mental. Al no poder ver se desorienta y no comprende las dimensiones de los espacios y las cosas; olvida en qué año se encuentra o qué edad tiene. A veces exige a la enfermera que lo contacte con un coronel apellidado Wiringher pero ella nada sabe de ese hombre, ni siquiera si ha existido.

Severino tropieza con una silla y rompe su cadera. Pasa sus últimos meses sin salir de la cama.

* * *

Severino muere. La casa queda abandonada por un tiempo, nadie ingresa a ella. En marzo de 2004 su nieta visita al departamento para buscar su pasado e intentar reconstruir a ese hombre a partir de los objetos. No lo logra pero descubre cuadernos, libros, fotos y se hace una lejana idea de la vida privada de su abuelo. Entre hojas sueltas que encuentra en un folio hay una que dice en tinta violeta: "Pg 440". Debajo en tinta azul se lee: "Jean Marc Coté". Ella duda, se pregunta cuándo habrán sido anotadas esas cosas y a qué libro hace referencia la primera. Hay actos que nunca podrá desanudar y eso la angustia.

Continúa revisando la biblioteca y encuentra la estatuilla del elefante de cuatro brazos. Adorna su repisa con ella. Todas las mañanas la mira y se pregunta su historia.

* * *

En 1949 la fábrica Shrinath abría sus puertas en la ciudad de Jaipur, capital del estado de Rajastán, India. Con la independencia el turismo comenzó a aumentar, el auge de las religiones orientales y el New Age hicieron que el mercado de figuras de dioses fuese prolífico. Javed llevaba adelante la empresa junto a su hijo Salim, quien impulsó la idea de crear estatuillas de diversos tamaños y por lo tanto, precios.

En un viaje dedicado exclusivamente a conocer los desastres que causaba el

capitalismo, Abby Rockefeller, bisnieta de John Rockefeller, visitó la India. Era el año 1969 y la heredera de la fortuna formaba parte del Cell 16, un grupo feminista extremo. Luego de pasar un mes en un templo en Mumbai dedicado a Lord Ganesh, decidió recorrer el resto del país. Al llegar a Jaipur, lo primero que vio fue la tienda con las estatuillas, donde compró una de las más caras. Se trataba de una pequeña pieza de arcilla pintada de dorado pero con muchos detalles: los ojos estaban adornados por dos piedritas azules.

Debido a la fragilidad, exigió que la enviaran por correo a una de sus casas en North Hampton, Massachusetts mientras ella seguía su retiro espiritual.

La estatuilla de Ganesh se extravió y llegó inentendiblemente a Paraguay. Quedó olvidada en la habitación de equipaje no reclamado del Aeropuer-

to Internacional de Asunción hasta que en una remodelación, el paquete fue tirado a la basura. Un empleado del aeropuerto lo recoge de la calle y lo deja como adorno en su escritorio, hasta que un año después, en 1975, un piloto lo ve y se enamora del objeto. Se lo compra por unos pocos dólares.

* * *

El piloto viaja a Argentina y tiene la estatuilla en su mesita de luz durante un tiempo hasta que debido a su actividad encubierta contra la dictadura militar se ve obligado a abandonar el país. Deja su hogar así como se encuentra, con los objetos quietos en sus lugares, al igual que sucedería en Prypiat casi una década después. Antes de lograr escapar es asesinado junto a su mujer. de su hijo ya nada sabemos.

Ganesh queda olvidado junto al reloj. El nuevo inquilino se apropió de la estatuilla y la conserva. Paradójicamente, también se trata de un piloto de avión. Muere en el vuelo 3142 de Lapa el 31 de agosto de 1999. Su mujer, sin saber qué hacer con algunas de sus pertenencias, regala la estatuilla a una vecina del nuevo edificio al que se ha mudado en la calle Pujol. Durante un fin de semana la vende por diez pesos en la feria de San Telmo.

* * *

Un domingo de 2007, la nieta del hombre que ha comprado la estatuilla en San Telmo limpia la repisa. Ganesh, como si tuviese vida, resbala del mueble y cae al piso. Se rompe en ciento treinta y ocho de pedazos y su historia termina.

En 1837 una semilla de arce llega volando desde algún lugar del mundo hasta Cambridge, Massachusetts. Un estudiante de la universidad de Harvard llamado Henry David Thoreau la recoge del suelo y la lleva consigo hasta los bosques de Concord, Massachusetts, donde vive en soledad durante más de dos años. Antes de volver con su familia planta la semilla a orillas del lago Walden en Julio de 1847. Poco más de un siglo después, el árbol llega a los tres metros de altura. Es talado. Su madera migra hasta

Fullerton, California y se convierte en el cuerpo de una guitarra eléctrica Fender. La falla de distribución que sufría la empresa en esos primeros años hace que el instrumento sea guardado durante casi dos décadas. Para 1969 la guitarra es descubierta en un depósito y enviada a Manhattan para ser vendida como un instrumento defectuoso. Es así como llega a la reciente tienda de Bob Homanov en la calle Bedford. Nadie se interesa en la guitarra hasta que Homanov muda el local a la calle Bleecker. Era 1977 y el movimiento punk se terminaba de forjar a pocas cuadras de ahí, en el antro conocido como CBGB's.

En una tarde previa a un recital, el guitarrista Lenny Kaye pasea por el barrio y ve la guitarra, casi escondida, en la vidriera de la tienda. La prueba y de sus dedos salen los acordes de lo que

se convertirá en la canción "Rock N' Roll Nigger" de Patti Smith, cantante con la que toca. Compra la guitarra. Tocan una versión improvisada del tema esa misma noche. La canción es grabada durante el año y publicada en el disco *Easter*. Se convierte en un clásico.

EL AUTO (1967-1968)

En cuotas y con mucho esfuerzo Radín Matria logra comprar un auto cero kilómetro. Es el año 1967 y Radín vive en Santiago de Chile pero trabaja en el puerto de Valparaíso. Usa el auto para atravesar las montañas y llegar al mar, donde pasa todo el día vendiendo pescado fresco.

Al año, el auto alcanza un kilometraje desproporcionado por lo que se ve obligado a llevarlo a un taller mecánico para que lo revisen. La primera mañana sin su vehículo se levanta para tomar el bus, que demora, y llega

tarde al trabajo. Los días pasan y los sufre pero prefiere ese esfuerzo que atravesar las montañas con el auto en mal estado.

Extrañado por el silencio del taller mecánico, decide llamarlos. El auto debería haber estado en condiciones hace dos días. Nadie atiende.

Al día siguiente vuelve a intentarlo, pero tampoco responden del otro lado. Preocupado se dirige hasta el lugar, pero está cerrado por una faja policial. Pregunta a un vecino qué es lo que ha sucedido. "Robaron y mataron", responde. Entre los autos que faltan se encuentra el suyo.

Los ladrones tienen dos opciones: dirigirse al sur y esconderse, incluso intentar cruzar a la Patagonia argentina, o ir hacia el norte, refugiarse brevemente en lo de un conocido en Atacama y seguir hasta el Perú, donde

venderán los autos que cargan en un container.

La pandilla está conformada por tres personas con roles bien diferenciados: Darío, el encargado de las armas; Miriam, quien se ocupa de subir los autos al container; y Germán, que maneja el camión.

Luego de discutir mientras Germán maneja de modo errático, deciden que lo más prudente es dirigirse hacia el norte, dirección en la que suelen ir todos los grandes camiones, reduciendo así las probabilidades de ser interceptados por la policía.

Logran atravesar la región de Coquimbo, pero cuando llegan a Atacama comienzan a discutir. Al no ponerse de acuerdo sobre qué hacer con los autos frenan en la mitad del desierto. Salen del camión, paranoicos. Intentan hablar pero a los pocos minutos se en-

cuentran gritándose entre sí, regañándose y echándose culpas. Se amenazan con sus armas y transpiran. Miriam llora pero sostiene firme su revolver contra la cabeza de Germán, a quien ama en secreto.

Se disparan entre ellos. Miriam muere, Darío también. Germán, herido, saca un auto del container y avanza hacia el norte. El camión queda abandonado a un costado del camino con los dos cuerpos bajo el sol, pudriendose.

Acelera a toda velocidad por las rutas que cortan el desierto. Avanza hasta que el motor del auto se funde y queda varado. Germán se queda en el asiento, desesperado, sin saber que hacer. Pasan los días y muere de hambre, o de frío.

Tu Kin es una adolescente que vive en Kyoto junto a sus hermanos. Un día desaparece.

Sus padres se desesperan por recuperarla, los medios de comunicación le dan un espacio importante a la noticia durante las primeras semanas. El caso se estanca y no avanza. El hecho deja de ser noticia y al segundo mes el nombre de la chica apenas es recordado. Pasan los años, la familia se acostumbra a convivir con la desaparición pero no con la pérdida.

Ma Tong es una estudiante de medi-

cina y trabaja en un hospital público. Un día, al salir se dirige a una feria de ropa usada con una compañera de trabajo. Encuentra un jean que le gusta mucho, es un Levi's antiguo y le queda perfecto. El precio no la convence por tratarse de una prenda usada, pero su amiga le insiste y se decide a comprarlo. Lo manda a la tintorería. Por trabajo y diversas razones, tarda dos semanas en retirarlo.

Es viernes y es de noche. El empleado le da, junto al pantalón, una carta. Le dice que se encontraba en el bolsillo y que la sacó justo antes de meterlo en la lavadora. Le asegura que ha respetado la confidencialidad del mensaje y que no lo ha leído. Ma Tong toma la carta sin comprender. Al llegar a su casa la lee con cuidado:

"Me tienen secuestrada, por favor, ayuda. Mi nombre es Ju Kin, tengo 17

años. Me encuentro en (ilegible) y me obligan a prostituirme y a (ilegible) pantalones de jean falsos. Este es uno de ellos. Me tienen drogada para que no pueda escapar. Por favor, ayuda. Avisen a mi familia".

Ma Tong queda petrificada, se mira al espejo con su prenda nueva, guarda el papel en el bolsillo y sale a bailar.

LA BOTELLA (1854-1897)

En 1854 William Dampier, uno de los últimos piratas estadounidenses, quita el corcho de una botella con los pocos dientes que le quedan, se rompe uno, escupe sangre y da un largo trago. Se encuentra en la Isla de Tobago. Le pasa el recipiente a un camarada, pero ante su prolongado enamoramiento con la bebida, le dispara y lo mata. Recupera la botella y la vacía. Coloca el corcho y la tira al mar. A lo lejos ve un barco enemigo y se dispone a atacar. El alcohol terminará siendo su condena, una herida de

bala en el abdomen lo desangra hasta morir.

Pero la botella naufraga y llega a las costas de Cuba, donde un hombre llamado Emilio Cruz la recupera y lava como puede. Es el año 1855 y Emilio Cruz trabaja en un bar clandestino. Sirve alcohol de elaboración casera en las botellas que encuentra en la calle. Un día el establecimiento es clausurado y la autoridad se encarga de dejar todos los objetos de su interior a la intemperie. Una mujer recoge la botella de lo que parece un pilón de basura y la utiliza primero como lo que es, una simple botella para tomar agua. Sin embargo el gusto a alcohol de su interior nunca se va y entonces decide usarla para regar las plantas. Por una ola de calor, todas mueren y la mujer, triste, se deshace de las macetas e incluso de la botella que de alguna

manera vuelve al mar, a donde parece pertenecer.

Han pasado veinte años y un niño la encuentra en Curacao. Escribe un mensaje en ella y la devuelve al mar. La botella viaja seis años más hasta llegar a la costa de Guyana Francesa donde otro niño la encuentra. El papel está mojado y deshecho, ilegible. El niño intenta comprender las pocas palabras en neerlandés que quedaron impresas en el bollo de papel pero no lo logra ya que solamente sabe francés.

Su padre se la quita y la utiliza para su empresa de cerveza. Durante otros quince años la botella regresa a la fábrica de manera constante. Es esterilizada, rellenada y devuelta a la calle donde los clientes consumen el alcohol de su interior. El circuito parece eterno hasta que alguien no la devuelve. Un hombre triste bebe solo en la playa.

Su mujer lo ha dejado. La tira al mar.
Golpea una roca y se rompe. Es el año
1897.

LA COMPUTADORA (2035-2038)

Michal Chiwyszczky está cansado de su vida. Es diseñador gráfico y durante años insistió con armar su propia empresa pero no lo logró. Ahora trabaja en una compañía y no es feliz. Pasa todo el día en un cubículo sin ventanas. Ve el sol únicamente cuando se dirige al baño, donde una abertura ínfima permite el ingreso del ruido del centro de Varsovia.

Un día de 2035 Michal decide que no va a bajarse del bus en la parada que le corresponde, sigue el camino hasta el

aeropuerto. Compra un pasaje al primer país que le viene a la mente: Canadá. Se siente afortunado, el siguiente vuelo a Toronto sale en tres horas, su pasaje le cuesta la mitad por haberlo comprado a último momento.

Michal nunca ha viajado en avión y se siente incómodo y con miedo. Cuando despegan sigue al pie de la letra las instrucciones de la azafata. La mujer de a su lado es una anciana que se duerme al instante. Es de día y lentamente el mundo queda abajo, cada vez más lejano y pequeño.

Michal elige la opción de pastas del menú que hay para la cena pero no prueba un solo bocado. El aspecto de la comida le recuerda a un viejo documental donde vio a los astronautas almorzar con paquetes similares. Está mareado. Intenta dormir para no pensar y, cuando se encuentra en ese mo-

mento entre lo real y lo inconsciente, recuerda la primera vez que vio un avión. Estaba con su abuela.

Llega a Toronto y se aloja en un hostal, el primero que encuentra en el centro de la ciudad. Si bien ha alquilado la habitación más barata, no hay nadie por la noche. Recién al segundo día se hospeda una pareja de italianos con los que apenas dialoga.

Michal pasea por la ciudad, el clima no le molesta porque es similar al de Varsovia. Camina por todos los lugares que puede, visita museos y tiendas hasta toparse con un afiche en el suelo. Es el volante de un local de electrodomésticos, ofrece una computadora a un precio que le resulta interesante y se las ingenia para llegar al lugar pese a no tener idea sobre la distribución de las calles de la ciudad. Una vez en la tienda y luego de eva-

luarlo durante casi media hora decide comprarla.

Por la noche, en la cocina del hostel, averigua diferentes lugares en los que puede hospedarse para no gastar tanto dinero. Encuentra una habitación compartida en una casa en una ciudad llamada Mississauga que se encuentra a unas tres horas al oeste de Toronto. Decide rentar el espacio y se dirige allí a primera hora de la mañana. Se trata de un lugar hermoso. Tiene como compañeros de cuarto a una chica de Brasil y a un anciano de Neo Neo Tokio II.

En las otras habitaciones hay muchas otras personas de diferentes países, una de ellas es un muchacho de Alaska que habla con un tono de voz muy fuerte y se toma atrevimientos que a nadie le gustan demasiado, como utilizarles sin aviso los productos que compran y que dejan en la heladera compartida.

Un día, luego de salir, notan que el muchacho de Alaska no está, al igual que muchas de sus cosas, entre ellas la computadora de Michal. El joven de Alaska se llama Sean y se muda a Vancouver. Trabaja en una tienda de discos durante el día y por las noches diseña un video juego. La computadora robada solo le sirve como disco rígido externo ya que no es lo suficientemente veloz.

A los siete meses, el disco rígido de la computadora se encuentra casi lleno: tiene setecientos álbumes musicales en formato FLAC II descargados ilegalmente, ciento cincuenta películas en formato AVI 5.1 obtenidas del mismo modo. También lleva diversos archivos encriptados en formatos desconocidos que se vinculan al desarrollo de su video juego. La tapa de la notebook tiene una rajadura que es cubierta con diversos stickers.

Michal continúa su viaje y decide vivir en Canadá. Logra armar su estudio de diseño, trabaja poco, tiene jóvenes entusiastas que lo hacen por él. Aprovecha su tiempo libre para irse de camping o visitar ciudades. No sufre del frío. Vuelve a su hogar en Mississauga y su vida es cada vez más cercana a lo que desea. Su barba crece y no la corta por dos años. Parece otro. Eventualmente visita Alaska y también Groenlandia. Se dirige a Vancouver.

A los veinte días ya está familiarizado con el lugar. En el supermercado encuentra a Sean, aunque no recuerda su nombre, solo sabe que es de Alaska y que le ha robado. Sean lo reconoce e intenta escapar. Michal lo frena y lo golpea, lo obliga a que le devuelva la computadora y lo amenaza con llamar a la policía.

Sean intenta escapar nuevamente

pero Michal, que físicamente es mucho más grande que él, lo atrapa y le vuelve a pegar. Van a la casa de Sean, vive entre la mugre. Michal recupera su computadora. La situación de poder le gusta y le roba también una cámara de fotos, un disco rígido, una filmadora, mil dólares canadienses y un muñeco que descansaba en una repisa. Antes de irse lo golpea hasta dejarlo inconsciente.

Vuelve al departamento que ha alquilado en Vancouver y borra todo lo que la computadora tenía en su interior. El video juego muere antes de ser terminado. La computadora, de todas maneras ya es antigua y ha quedado obsoleta. La dona al Ejército de Salvación.

EL BILLETE DE UN DÓLAR (1933-2001)

Se pierde un billete de un dólar. Pertenecía a un empresario, era un simple vuelto destinado para comprar las historietas de su hijo. Un hombre encuentra el dólar extraviado en la esquina de Broome y Mott Street. El billete está mojado por el agua podrida de la zanja. El hombre que lo encuentra se llama Vito y no tiene nada, está con lo puesto y acaba de llegar a Manhattan. Lo han estafado, emprendió el viaje con la promesa de un empleo y un espacio para su cuerpo acurrucado junto a otros veinte italianos

en una habitación mugrosa, pero nada de eso se concreta porque nunca logra dar con el hombre que lo ha ilusionado. Camina con el dólar en la mano sin saber qué hacer exactamente, sin tener una idea de cuál es el verdadero valor de ese billete. Lo guarda en el bolsillo trasero de su pantalón, se asegura de que no esté agujereado y lo cierra con el botón. La primera noche se refugia en una esquina, sufre el frío. La siguiente se logra esconder entre algunos cartones, come lo que encuentra en la basura. Antes de dormir adora el billete, lo observa y le inventa historias. Imagina que le ha pertenecido a Theodore Roosevelt; que con ese dólar se ha terminado de contar el dinero con el que se pagó el primer galpón en North Carolina en el que un empresario logró posicionar como una empresa líder su pequeño negocio de bebidas gaseosas.

Fantasea con esas y muchas otras historias que guarda en su interior y que nunca deja documentadas por escrito.

Al tiempo de vivir en la calle nota que todos los edificios de la zona se encuentran despintados y en pésimas condiciones. Invierte la mitad de su dólar en un rodillo y golpea puerta por puerta ofreciéndoles lo mismo a todos los vecinos: pintar las fachadas por tan sólo dos dólares y la pintura para hacer el trabajo. Al mes tiene a otros inmigrantes desesperados trabajando para él. Un año después cuenta con una oficina, y al pasar una década dirige la empresa de remodelación de fachadas más grande de la ciudad. Obtiene contratos con diversas entidades gubernamentales, el Museo Metropolitano de Arte y muchas otras empresas.

Cincuenta años más tarde su nieto y único heredero queda al mando de la

empresa. Su mal desempeño lo obliga a declararse en bancarrota y queda en la calle. Es el año 1997 y el hombre vaga por la ciudad, su realidad es otra, una que nunca ha conocido pero que su abuelo sí. Despierta en una calle del Lower East Side, puede ser en Bleeker o tal vez en la Avenue A. Lo primero que ve es un dólar, putrefacto, gastado, parece de otra época. Lo toma y guarda en su bolsillo, sin saber que es el mismo billete que ha encontrado su abuelo. Mientras tiembla por el frío piensa la mejor manera de aprovecharlo. Compra dos cervezas que toma en menos de diez minutos. El dólar pasa a otras manos y deja de ser parte de la familia.

EL DIENTE DE VACA (1477-1998)

I

Bohizdar Addy es un herrero que vive en Isla de Man junto a su familia. Un día del verano de 1476 el mástil de su martillo preferido se quiebra. Negado a deshacerse del objeto decide conservarlo. Usa la maza como pisapapeles y su mujer recicla el mango como una incómoda cuchara sopera.

Luego de una pelea con uno de los chicos del poblado, su hijo Amée roba

la maza y rompe los vidrios de la casa de su enemigo. Amée huye sin que lo vean pero los fragmentos de cristal cortan a la madre del rival y la maza le golpea el cráneo. Es vendada y guarda reposo (exageradamente) durante dos semanas.

Los cristales rotos son barridos por el marido de la víctima, que no se detiene un solo instante en notar que la maza es del herrero, evitando así una monumental pelea.

II

Los chicos crecen distanciados y las familias continúan sus vidas simples. Ellos no vuelven a hablarse hasta dentro de muchos años, cuando las diferencias ya no existen. Son camaradas y no se separan, recuerdan su vieja ene-

mistad con afecto y gracia. Avanzan por los caminos perdidos sin tener lo que hacer hasta que ven a lo lejos, al loco del pueblo. Vislumbran entre los pastos crecidos del campo cómo mata a una vaca. No la come ni utiliza su cuero, solo la deja morir. Van a tomar cerveza y se olvidan del asunto, pelean en el bar y matan a un hombre. Huyen juntos, se enamoran, viven muy lejos de donde nacieron y son felices. Nunca vuelven.

III

Amée y su amante ya no viven en Isla de Man y no volvieron a pensar en ese momento minúsculo de asombro en el que vieron al loco del poblado matar a una vaca. El cadáver quedó en el mismo lugar durante el tiempo suficiente

para que sea reducido a huesos que un chico comienza, de a poco, a juntar. Reconstruye el esqueleto en el pastizal que linda con su hogar. Su padre, aterrorizado, esconde lo que queda del cadáver en un armario y se olvida del tema. El chico, obligado, también.

Ambos mueren, por el paso del tiempo, por lo tanto también los dos prófugos enamorados que vieron al loco, quien obviamente ha tenido el mismo destino.

IV

Es el año 1534 y la casa donde se encuentran los huesos está abandonada. Ya nadie recuerda a ninguna de las personas involucradas con el crimen del bar ni con los huesos de la vaca. El pueblo se ha renovado y ya es otro lugar.

Un nuevo inquilino amuebla la casa y tarda meses en abrir el placard. Al hacerlo, la pila de huesos cae sobre él. Se golpea y demora unos pocos segundos en entender qué sucede. Por un primer instante piensa que se trata de huesos humanos, hasta que ve el cráneo. Los examina e intenta ordenar como si fuese un rompecabezas, no lo logra. A la vista se encuentran perfectos, pero frágiles al tacto. Inspecciona la cabeza y un diente se parte. Lo utiliza como collar durante toda su vida. Una vida lamentablemente corta ya que una gangrena en su pierna lo obliga a guardar reposo durante meses, hasta que su cuerpo queda completamente enfermo y fallece.

El hombre no tiene familia ni a nadie en el mundo. Por lástima, un vecino se encarga del entierro. El difunto descansa con su collar colgado en un bara-

to ataúd de pino. Al descomponerse el cuerpo los líquidos pudren la madera, el collar queda perdido entre la tierra. El diente queda oculto y enterrado durante siglos hasta que en 1965 una excavación arqueológica lo rescata. Está amarillo pero intacto, atravesado por una diminuta cadena de plata.

Hoy en día el colgante descansa en una vitrina del faro de Isla de Man junto a otros objetos históricos que forjan la identidad del territorio.

EL METEORITO (1000 AC-1970)

En un punto del cosmos dos asteroides chocan. Los fragmentos viajan en diversas direcciones, separándose para siempre. Con lentitud y paciencia, una de las partes se dirige a la Tierra. Avanza. Para 1959 choca con un satélite y lo daña irreversiblemente. Sigue su rumbo, lentamente desviado, hacia nuestro planeta.

Con el tiempo, llega hasta la capa de ozono, la atraviesa y cae al mar, cerca del círculo polar ártico. En 1967 Yuri Vasiliev, buzo soviético, encuentra el

meteorito congelado en las profundidades del océano que investiga. Logra recuperarlo. Lo esconde celosamente de toda posible investigación y lo conserva en su casa como adorno junto a un trofeo de esgrima de su hijo mayor.

EL BOLÍGRAFO (2009-2011)

Jet Ng es empleado en una fábrica en Huizhou, al este de la provincia de Guangdong, China. Su trabajo es simple pero estresante: coloca las tapas a las lapiceras que la empresa manufactura. Una por una, las presiona y acomoda. Los elementos avanzan en cintas transportadoras por lo que no puede atrasarse. Corre contra el reloj. Si bien su trabajo no es ni insalubre ni riesgoso, se le obliga a utilizar un barbijo y guantes de látex.

Desde hace diez años todos sus días

son idénticos, toma los elementos de la cinta A y los relaciona con los de la B, donde siguen su camino hasta las cajas que luego son enviadas a los negocios mayoristas que exportan a todo el mundo.

Un día de 2009, coloca una tapa diferente, es violeta. Jet ni siquiera llega a notarlo, sigue con el trabajo sin frenar durante un solo segundo. La diferencia de color tiene una explicación muy simple: la cantidad de colorante utilizado durante su fundición fue erróneamente menor a la del resto.

Jet coloca la tapa en el cuerpo de una lapicera más de las que corren por las cintas y la deja seguir su camino, hasta llegar a un extremo y caer con delicadeza en una caja, junto a otras diecinueve más. La caja es cerrada y encintada a mano por otra persona y luego llevada a un camión que, en este caso,

lleva un pedido hasta Shanghái, donde sube a un barco junto a otras miles de cajas y es enviada en un gran container, en un barco, hasta España.

El camino de la lapicera es simple: desembarca en Bilbao pero inmediatamente un primer envío se dirige a Madrid, donde finalmente termina en una papelera del barrio de Chueca.

Manuel tiene 18 años, acaba de terminar la preparatoria y trabaja por las tardes en Cancillería. Antes de salir al trabajo compra una lapicera y sale disparado hacia la oficina, llega temprano y decide hacer el crucigrama que se encuentra en la última carilla del periódico que descansa sobre una mesa en el hall de entrada. Al llegar sus jefes se pone de pie y estrecha sus manos con firmeza. Las suyas están sudadas y siente vergüenza. Comienza su día laboral.

Llena diversas planillas y pasa bastante tiempo en la computadora. Luego del mediodía le encargan la impresión de unos documentos. Los lee a escondidas. Se trata de una medida para intentar llegar a un acuerdo con algunos países de la Unión Europea para salir de la crisis. Los lleva y ofrece su lapicera nueva para firmar los papeles. Lo hacen pero la lapicera, como suele suceder, no le es devuelta. Ve el momento en el que el canciller la guarda en su bolsillo, como si se tratase de un reflejo, y se retira para sellar los documentos. Tímido, deja que el bolígrafo se vaya, que siga su rumbo.

El canciller vuelve a su casa y se desviste, la lapicera cae del bolsillo de su saco y al levantarla no recuerda de dónde vino ni cómo llegó a estar dentro de su prenda. La lleva hasta la cocina y la deja junto al teléfono y a un

block de hojas. Al día siguiente, al volver del jardín, su hijo menor la utiliza para dibujar. La deja tirada.

Por la noche su hijo mayor vuelve, borracho, y la encuentra sobre la alfombra. Le dispara una idea, autoinducirse el vómito para quitarse el malestar de encima y poder dormir tranquilo, con menos alcohol en el cuerpo.

Lo hace en el baño pero las arcadas despiertan a su padre y discuten. La situación se pone violenta. Limpia el bolígrafo y lo guarda en su bolsillo, se va de la casa. Se dirige a lo de su novia. Espera el bus con frío, se abraza a sí mismo para mantener el calor en el cuerpo. Finalmente llega, sube y se sienta junto a la ventana. Al hacerlo la lapicera estalla en su bolsillo, mancha su ropa, no se da cuenta, se queda dormido. Cuando despierta es de día y se encuentra lejos, en un lugar en el que nunca estuvo.

EL ÁRBOL DE PINO (1988-2009)

A los cinco años de su plantación, GEA SRL tala cinco hectáreas de pinos y vende la madera. Qitan las raíces y dejan descansar la tierra hasta la siguiente siembra. Los árboles jóvenes son vendidos a otra empresa y viajan desde la Patagonia argentina hasta Chacabuco, provincia de Buenos Aires. TRONO es una cooperativa que se encarga de cortar los troncos en tablones pequeños y desprolijos que a su vez los venden a otra mutual. El precio inicial se ha tripulado aunque sigue siendo económico.

Llega al partido de Avellaneda donde las maderas, junto a clavos, se convierten en cajones para frutas. A pedido de sus clientes se les estampa el nombre de sus empresas y se los distribuye a distintos puntos del país.

Alfredo trabaja en el Mercado Central. Su local es diferente al resto porque, de manera intuitiva, ordena sus cajones por colores y crea una paleta cromática atractiva para aumentar las ventas. Su puesto es diminuto pero parece otra cosa, una galería de arte o una instalación.

Uno de sus cajones es comprado, junto a muchos más, por un hombre que maneja una verdulería en el barrio de Villa Urquiza. Es viernes.

Hacia el final del día el cajón queda con algunos pocos tomates que ya no podrá vender. Lo vacía y lo guarda en la habitación que tiene al fondo del

local y que utiliza como depósito. En la mañana del sábado, un auto frena y la ventanilla delantera se baja con torpeza. El conductor pide un cajón para encender el fuego de un asado. El verdulero les da uno, se saludan y no vuelven a verse nunca más. El auto avanza hacia la ruta, pasan barrios y pueblos y lugares que nunca van a visitar ni a detenerse a pensar en ellos. Llegan a un barrio privado y el padre de la familia se ofusca por las lomas de burro que hay en el camino de la entrada. Finalmente llegan.

Mientras preparan las ensaladas y la mesa, el hijo menor juega con el cajón. Lo utiliza como nave espacial hasta que se raspa con la madera y llora, el padre lo reta y lo obliga a salir del interior, haciendo que se pierda la magia.

El padre prepara la parrilla para encender el fuego. Rompe el cajón de to-

mates junto a su hijo. Lo apoyan contra una pared y le dan fuertes patadas para que la madera se astille y quiebre. Con los fragmentos arman una torre que al padre le recuerda a la de Pisa y por lo tanto a su pasado como fotógrafo.

Intenta, con papel de diario abollado, comenzar un fuego, pero no lo logra. Se ve obligado a utilizar el método que menos le gusta: el alcohol etílico sobre la madera.

A los pocos minutos un leve fuego nace y las maderas comienzan a perder sus formas. El papel se consume y las noticias viejas desaparecen. La última palabra que llega a leer es "Inocencia". Un ruido minúsculo domina el ambiente.

El carbón ya está blanco y el cajón de madera ya no existe. El padre ubica la carne sobre la parrilla y la impaciencia se calma con una cerveza.

Le cuenta a su hijo como era su vida antes de que él naciese y el chico apenas comprende lo que el hombre narra. Es entonces que el padre se pregunta si la televisión o Internet han reemplazado el rol original del fuego: una luz hipnotizante que sirve para contar historias.

La carne cambia de color y parece otra cosa, ya no luce como fragmentos de animales muertos sino más bien como alimentos envasados que han sido abiertos.

Para cuando el asado está listo, el padre está borracho. Apenas come y necesita irse a dormir. Su esposa se preocupa y su hijo no entiende lo que sucede.

Los carbones humean pero entrada la tarde ya están fríos. Todos duermen la siesta y el nene se aburre. Toma uno como si fuera un lápiz, se arrodilla y

escribe, en el suelo del patio, su primer poema.

LA SEGUNDA BOTELLA (1984-1985)

Ristet es una marca de cervezas danesa que ha salido al mercado recientemente y se distingue por elaborar bebidas artesanales con ingredientes y sabores únicos. Por el momento solo se consigue en la ciudad de Slagelse, pero los dueños de la empresa planean pronto lograr una distribución mayor.

Durante el mes de enero los bares crean promociones especiales para atraer a las personas y transformarlas en clientes. Kjell tiene un pequeño negocio que se encuentra venido a me-

nos. Es oscuro y está sucio. Sus clientes suelen ser siempre los mismos. Si bien tiene la intención de cambiar el estilo de su bar, no tiene la voluntad, por lo que siempre se mantiene en las mismas condiciones deplorables. Pese a eso, su ubicación es buena, llegó a la zona antes de que se tornase popular, cuando estaba dominada por personas que buscaban refugio en la oscuridad: vagabundos, asesinos, vendedores de drogas (con los que ha tenido sociedades peligrosas), y prostitutas.

A diario piensa en vender la propiedad y conocer el mundo, pero, por inercia, no lo hace. Su cueva está entre dos bares con los que no puede competir, ofrecen comidas y tienen un clima familiar.

Kjell, por encontrarse entre ambos negocios, recibe la propuesta de comenzar a comercializar la cerveza Ris-

tet. Desconfiado acepta y para su sorpresa la bebida se vende y logra que un nuevo público se acerque a su bar. Ya no conoce a todos los clientes y eso hace que su trato con ellos sea torpe y errático, algunos lo insultan e incluso amenazan.

Durante la noche de año nuevo el bar se llena, Kjell no tiene familia y trabaja. Para la ocasión ha contratado a dos meseros inexpertos. Nunca los ha necesitado y no sabe con certeza que indicaciones darles.

Pasada la medianoche, ya en 1985, se inicia una pelea. La primera de ese año y de ese miércoles. Un hombre rompe una botella de cerveza frutada contra la barra y la esgrime como un mortal cuchillo. Solo quiere amenazar a su contrincante pero en un movimiento veloz le corta la garganta y este se desangra hasta morir.

El hombre intenta escapar o escapa. Kjell junta los vidrios rotos y simula envolverlos en papel de diario y tirarlos al cesto de la basura, pero en verdad los conserva. Los deja en la mesa que tiene en la habitación del fondo. Indica a los empleados que le avisen en cuanto llegue la policía. Pica el vidrio lo más fino que puede y lo mezcla con la cocaína que vende para poder pagar los gastos del bar.

Cuando la policía ingresa Kjell se encuentra en el baño. Está vendiendo la última bolsa de droga que le queda. El cliente sale primero, luego él, intenta solucionar la situación, pero no lo logra. Clausuran el bar pese a que el incidente no ha sido su culpa.

El último cliente se dirige a la puerta e intenta no llamar la atención de la policía. Sale a la calle con sus amigos y pese al frío se dirigen al mar. Llegan a

la playa rocosa y se encuentran con un grupo de personas que inician una improvisada fogata. Los invitan a unirse a la fiesta. Aceptan pero primero toman la droga a escondidas y se acercan al fuego. Beben y hablan, escuchan la radio, bailan. El hombre que le ha comprado la droga a Kjell decide descansar junto al fuego por un momento. Se queda dormido y sus amigos siguen con la fiesta.

Es de día y no despierta, su nariz sangra. Alguien le toma el pulso y aterrado confirma que se encuentra muerto. Otra persona propone tirarlo al mar, otro llevarlo hasta la puerta de un hospital o de una comisaría y dejarlo ahí.

Pese al estrés deciden que quieren seguir la fiesta ya que el cadáver parece un hombre durmiendo. Siguen bailando hasta el mediodía.

LA GLICERINA (2003-2003)

Xavier trabaja en un almacén. El lugar es viejo y está mal iluminado. Xavier odia su empleo y su vida y a casi todas las personas que conoce. Solo siente verdadero cariño por sus sobrinos a quienes nunca ve por diversas razones que en verdad son excusas.

Galder vive en una casa tomada, es vieja y está mal iluminada. No hay agua caliente ni gas. Vive hacinado junto a otras cinco personas que apenas conoce pero que ya se han trans-

formado en su familia. Nadie habla del pasado.

Todos los viernes, Xavier tiene que hacer un inventario de los productos faltantes y pedirlos a los diversos distribuidores para que el lunes se los entreguen. Hoy es lunes. Xavier está ordenando el pedido y decide que va a organizar los detergentes por color y no por precio, aunque su jefe lo regañe. Xavier no lo sabe pero internamente está buscando una excusa para ser despedido o para renunciar y hacer algo de su vida, aunque no sabe qué es lo que le gustaría hacer.

Si bien su familia es vasca, él nunca ha tenido verdadero interés en la revolución o el separatismo, su vida se rige fuera de la política. Es individualista, aunque no lo piensa en esos términos.

Galder tampoco sabe lo que hacer de su vida. Vaga por la ciudad y recorre los rincones sin preocupación. Avanza, y observa, intenta apropiarse del espacio, sentirlo suyo, pero no puede. Todo le es ajeno, necesita que las cosas cambien y eso, cree él, depende de sí mismo. Ingresa a la tienda en la que Xavier trabaja. Lleva una gran mochila que carga en sus hombros. Sostiene ambas tiras con sus manos para aliviar el peso. Recorre los pasillos y mira los productos, saborea los chocolates con la mirada, pero no compra ninguno. No llega a toparse con Xavier, quien ahora se encuentra de rodillas en otra sección, acomodando la comida para perros. Galder frena en la góndola de jabones, revisa uno por uno y lleva todos los que tienen glicerina. Los paga y sale.

Sigue su camino hasta la casa toma-

da en la que vive. Ahí, junto a otros amigos logra eliminar los ingredientes que no le sirven y quedarse con la glicerina. La sintetizan junto a otros elementos y cocinan napalm a partir de una receta que han obtenido de Internet.

Galder se encarga de embotellarlo con cuidado y sale paranoico de la casa. Pretende volar la intendencia. Se dirige con miedo y avanza por las calles lentamente para que el material no se agite y pueda producir una explosión en su espalda. Siente que lo observan pero nadie realmente lo hace.

El día laboral de Xavier termina, sale cansado y se dirige a tomar el metro para volver a su hogar. Debido a un accidente, el servicio es interrumpido y decide ir caminando, no tiene nada mejor en lo que desperdiciar su tiem-

po, el cual siente que no vale nada. Pasea y escucha música en su discman, se deja llevar por el sonido, se desvía y se pierde. Ingresa a un almacén para averiguar cómo puede corregir su camino, por vergüenza compra un chocolate que no desea y lo guarda en su mochila. Al salir se topa con Galder aunque eso él no lo sabe, ya que nunca se han conocido.

Frente a ellos está el edificio que Galder pretende explotar. Le tiemblan las rodillas y comienza a abrir la mochila. Está atardeciendo. Xavier se demora en atar sus cordones y no se percata de la presencia de Galder a pasos tuyos. No queda tiempo. Galder enciende la botella pero no llega a tirarla contra el edificio, explota antes y ambos vuelan en pedazos.

EL CUERPO (1949-1993)

Un hombre escapa de prisión. Es el recluso 21374. No huye en busca de libertad, se entera de un complot dentro de la prisión para asesinarlo a modo de venganza y no le queda alternativa. Ha matado al hermano de un alto jerarca de la *Bratva*.

Camina por el costado de la ruta, aunque primero corre, pese al frío. No conoce el camino ni hacia dónde se dirige, avanza instintivamente. Está en Rusia y es el año 1985. Luego de caminar horas y de aguantar el frío con técnicas de meditación que no domina

del todo, llega a una zona levemente urbanizada (el camino se encuentra pavimentado, hay postes de luz y los árboles son antiguos). Camina, con su vestimenta que lo hace relucir entre la nada, todavía lleva el uniforme de la prisión. Piensa que va a morir. Se cuestiona si no era más honorable ser asesinado dentro de ese lugar, por la misma violencia que ha sido su herramienta durante años, y no ahí, solo, por su debilidad frente a la naturaleza.

Cuando está por rendirse, ve una lejana luz, busca una piedra grande. La luz difusa se acerca cada vez más y se convierte en un viejo auto. Lo maneja un hombre llamado Alexander, es un ratero menor que vende drogas de mala calidad y que maneja unas pocas putas en el sur de San Petesburgo. El recluso 21374 rompe el parabrisas y Alexander frena desconcertado a ver

qué es lo que ha sucedido. El recluso le quiebra el cuello con un movimiento veloz. Escucha el sonido que hacen las vértebras al girar y por primera vez se siente asqueado.

Desviste a Alexander y toma su personalidad, incluso su documento y su billetera. Guarda el cuerpo en el baúl del auto. Prende un cigarrillo e intenta salir de ese lugar que no es ningún lado. Apenas tiene nafta, pero logra llegar a un poblado minúsculo, donde carga el tanque y compra algunas cosas básicas para subsistir. Sigue camino y escucha la radio, se oye mal y la apaga. Avanza a una velocidad ridícula por las rutas congeladas.

Llega a Domodedovo. El clima es hostil y se ve obligado a refugiarse en un hotel cercano al aeropuerto de esa ciudad, que paga con la tarjeta de crédito de Alexander. Por la noche come

en un restaurante que se encuentra a una cuadra y toma diez cervezas. Al volver a su habitación intenta ducharse pero el agua caliente no funciona. Mira la televisión, orina, llama a una prostituta. Duerme hasta el mediodía.

Al despertarse mira más televisión y roba la Biblia y la guía telefónica del cajón de la mesa de luz. Desayuna en el mismo restaurante: café, pan de centeno, mermelada, oladushki y fiambre. Vuelve al auto y enciende la radio, se oye bien. Están emitiendo una canción pop que no conoce.

El paisaje parece ser siempre el mismo, un decorado que se repite una y otra vez. Lo atraviesa cansado y nervioso. El aire acondicionado no anda, sufre el frío. A los pocos minutos ingresa a Moscú. Avanza por las calles queriendo cobrar venganza contra los hombres que lo han querido asesinar y

que lo han convertido en un prófugo. Reconoce algunas caras, aunque están cambiadas por el paso del tiempo, el clima y la violencia. Se detiene a comprar una botella de su vodka favorito. La toma en el auto y recuerda el cadáver en su baúl. Pasea por calles que ha olvidado y se ve envuelto en el tránsito de la tarde, mantiene la calma y espera. Logra salir y sigue su recorrido por un lugar que no extraña, al que ha vuelto por una única razón.

Se detiene en una calle atestada de gente y tránsito, deja el auto en doble fila pese a las bocinas histéricas y los insultos que recibe. Busca un bar para ir al baño. Al volver al auto se siente extraño, pero no hace caso a su intuición. Antes de cerrar la puerta lo ballean. No llega a reaccionar. Muere. Nadie hace nada. La gente sigue con sus vidas. Dos hombres toman el cuerpo

del prófugo y lo meten en una camioneta. Se dirigen a una zona portuaria abandonada. Atan un gran balde lleno de cemento a los pies del recluso escapado convertido en víctima y luego en cadáver. También le atan las manos y le colocan una bolsa en la cabeza sin razón alguna. Lo empujan al río, esperan a ver cómo el cuerpo se hunde y se aseguran de que no flote. Se van de ahí y no vuelven hasta dentro de tres días. Escuchan la radio, se oye bien, suena una obra de Brahms. Uno de los dos hombres se queja, cambia el dial. Lo que se escucha ya es imperceptible por la distancia o por la discusión entre ambos.

LAS FOTOS (1955-1999)

Peter Sabreq viaja a Holanda con su familia. Visita el museo de Van Gogh, la casa de Ana Frank y el museo de Rembrandt. La ciudad ya se ha agotado. Se aburre. Decide ir por su cuenta a conocer el lado oculto de ese lugar laberíntico en el que todas las calles le resultan la misma.

Llega a una feria de antigüedades. La gran mayoría de las cosas que encuentra le resultan basura: rezagos militares, revistas viejas, herramientas, discos de vinilo de artistas desconocidos y ropa. Uno de los puestos llama

su atención, solo vende fotografías viejas. Las revisa una por una y las yemas de sus dedos quedan ennegrecidas. Encuentra, separadas, tres fotos en las que aparece una misma mujer. Las compra: paga un florín por todas. Las guarda dentro de un libro que está leyendo: el diario de Cesare Pavese.

Discute con su familia por su mal humor constante, su padre lo amenaza con enviarlo de vuelta a Johannesburgo, pero a él no le importa. Por la noche se encierra en el baño. Todos lo esperan para ir a cenar a un restaurante argentino. Peter observa las tres fotos de la misma mujer y se masturba.

La chica que aparece representada en las imágenes no llega a los treinta años. "Debe estar muerta o quizás es una anciana", piensa Peter.

En la foto que considera la primera de la serie se la ve sobre un puente que

atraviesa un arroyo, por lo que podría ser que estuviese en Holanda. Viste una pollera naranja y una remera blanca. Mira fijo a cámara, no sonríe.

La segunda imagen la muestra sentada en un banco de plaza, pero detrás de ella se ve un volcán humeante. Tiene un vaso en su mano. Peter asume que se encuentra vacío.

La última foto la muestra bailando en una habitación. La imagen fue tomada con flash. Sus brazos parecen dibujar un movimiento circular bastante torpe. Su rostro apenas se ve porque por el movimiento del cuerpo la obliga a mirar en dirección al suelo. En la imagen aparecen otras dos personas: un hombre vestido de traje que baila, tiene una rodilla en alto, su codo casi la toca. El traje es amarillo. Junto a él hay una chica semidesnuda que mira a cámara y saca la lengua. Peter com-

prende que en esa última foto la protagonista es otra, la mujer sin ropa.

Golpean la puerta. Es su padre. Peter guarda las fotos dentro del libro, tira la cadena del inodoro y sale. Cena sin decir una palabra y después pasea junto a su familia por las calles hasta que deciden volver al hotel debido al cansancio o al frío, pero él quiere conocer la noche de la ciudad.

Se dirige a la zona roja, mira a las chicas en las vidrieras y le parece reconocer entre ellas a una versión aventureada de la mujer de las fotos. Sigue caminando e ingresa a un bar, compra marihuana y la fuma en soledad. Hay un televisor y su volumen es demasiado alto. Sale a la calle y se encuentra perdido, no sabe cómo regresar al hotel. Pelea con un vagabundo. Duerme en la calle, ningún policía lo ve. Al despertarse logra orientarse y regresa. Sus

padres están preocupados y discuten. Lo mandan de vuelta a Sudáfrica.

El libro de Pavese queda olvidado en el cajón del hotel, junto a las tres fotografías. Días después una mujer que se aloja en la misma habitación lo encuentra y lo lee. Es una empresaria belga. Odia la ciudad y ya la conoce, no visita nada, pasa las horas en el bar del hotel. Dos días después abandona Holanda y se lleva el libro. Lo termina recién en el avión de regreso a su hogar, queda devastada con el trágico final. Encuentra las imágenes luego de la última carilla. Reconoce en ellas a una mujer sobre la que vio un documental en un avión y con quien se obsesionó y compró todos los libros que pudo sobre su historia. Se trata de una chica que desapareció sin dejar rastro, pero sus fotografías aparecieron en diversas ferias alrededor del mundo. Se

cree que la mujer ha armado un mito alrededor de ella misma y de ese modo financiaba su viaje eterno por todo el mundo, vendiendo las fotos en las ferias que los coleccionistas buscaban. Un sitio web se encargaba de recopilar las imágenes y rastrear los lugares en donde habían sido tomadas. Los usuarios del sitio trazaban posibles caminos que la mujer había podido realizar.

La primera imagen era conocida, se trataba del primer viaje a Francia, en el poblado de Annecy. La segunda imagen fue tomada en su viaje a México de 1969, el volcán que aparece se llama Popocatépetl y sigue activo. Se cree que dentro del vaso escondía fragmentos de vasijas y de antigüedades que encontraban perdidas en el suelo.

Sobre la última foto no tiene idea. No conoce a esas personas ni distingue el lugar. Piensa que debe tratarse de

una imagen tomada después de 1973, cuando Hanna (ese es el nombre que los seguidores han deducido que tenía la mujer) ya había desaparecido.

Llama al hotel pero se niegan a darle datos sobre los anteriores huéspedes que se alojaron en esa habitación. Continúa con su vida, pero observa las fotografías casi todas las noches antes de dormir, preguntándose dónde estará esa mujer que no conoce y cómo habrán llegado las imágenes a ese libro. Imagina recorridos, todos diferentes. Los piensa mientras se ducha, en la fila del supermercado, en reuniones de trabajo. “Debo estar volviéndome loca”, reflexiona un día en su horario de almuerzo, rompe las fotos a la mitad y las tira a la basura. Termina de comer y sigue trabajando, firma un contrato por doscientos mil dólares, aunque su mente no logra despejarse. Al terminar

el día vuelve al cesto de basura para intentar recuperar los fragmentos de las fotografías, pero ya no están. Siente que ha perdido el único vínculo tangible y real que ha conseguido con Hanna, sabe que ha destruido la única pista que podía salvarla. Ya no piensa en la mujer sino en el error, que comienza a ocupar todo el espacio de su mente, obligándola a internarse en un hospital psiquiátrico por voluntad propia.

En 1958 se acuñan doce mil monedas de veinticinco centavos de dólar. Son puestas en circulación y una de ellas llega a un quiosco de diarios y revistas en Chicago. Al día siguiente cambia de manos y recorre más de doscientos kilómetros hasta las afueras, a un lugar llamado Champaign. Alguien la recibe, un hombre. Termina en manos de su esposa para que la coloque, con cuidado, debajo de la almohada de su hijo que ha perdido su primer diente.

A la mañana, contento, el chico se la

muestra a sus padres, quienes sonríen cómplices entre ellos y se dan la mano. Su niño no lo sabe, pero sus padres estaban a punto de firmar los papeles del divorcio. Esa imagen hace que la balanza vuelva a equilibrarse y continúen su vida juntos.

El chico gasta la moneda en golosinas que come en el momento, le causan malestar y enferma del estómago.

El hombre que atiende el drugstore donde el nene ha comprado sus caramelos paga su desayuno en la cafetería del barrio con esa moneda, que pasa de mano en mano durante varios años sin salir de la ciudad. Hasta que lo hace: es la moneda final de un pago de un librero a un distribuidor de Portland, Estado de Maine. Quien la recibe viaja hacia otra ciudad llamada Portland, en el Estado de Oregon.

Es 1967 y su valor es ínfimo, no al-

canza para comprar un desayuno completo ni la cantidad de golosinas que enfermaron al chico iluso.

Ya en Oregon la moneda llega a las manos de un vagabundo o un hippie. Junto a muchas otras monedas de diferentes denominaciones, compra una diminuta cantidad de ácido lisérgico que toma en un callejón. Su cerebro colapsa y lo internan. Al poco tiempo lo sueltan por una obvia razón: no tiene dinero para afrontar los gastos médicos. Lo envían a prisión.

La moneda pertenece ahora a un vendedor de droga que a los pocos meses termina en la misma prisión, cuando lo capturan. Pasa diez años tras las rejas. Sus pertenencias, incluida la moneda, quedan dentro de una bolsa de plástico en un canasto que lleva su número de recluso. Al recobrar la libertad, también lo hace la moneda. La utiliza para

volver a la ciudad e intentar recuperar su pequeño imperio.

Al final del día, la moneda es recogida de la máquina de boletos del autobús. Es el último día de trabajo del jefe de la terminal. Se va junto a su esposa a pasar un fin de semana a Las Vegas. La moneda viaja con él y se pierde a las pocas horas en el interior de una máquina tragamonedas. El hombre no ha ganado ningún premio.

La moneda se recicla entre una máquina y otra hasta que un hombre, empleado de una estación de servicio, la recupera y la guarda. Vuelve a su Texas natal.

Anton Chigurh es un asesino a sueldo, se encuentra en ese poblado de Texas por razones que todavía desconocemos. Es 1980 e ingresa a la tienda, compra una barra de chocolate. El empleado le da conversación y él no

desea seguirla. La moneda de veinticinco centavos llega a Anton Chigurh como parte del vuelto. El asesino la toma e interrumpe la conversación de manera cortante. Le indica al empleado que elija una cara de la moneda. El empleado, confundido no sabe que responder. Chigurh la tira al aire y la atrapa. La cubre con su otra mano y espera paciente a que el hombre responda. El hombre no quiere responder, por no saber qué es lo que está en juego. Tiene miedo y sus rasgos faciales cambian. Sabe que está en problemas y se pregunta qué hizo mal. Piensa en su mujer y en el cáncer, en las cuentas a pagar. Nada importa en ese momento. El hombre insiste: no quiere responder, por no saber qué es lo que está en juego aunque, en verdad, sí lo sabe.

“Todo”, responde Chigurh y ambos quedan en silencio.

Chigurh descansa una mano sobre la otra, entre ambas se encuentra la moneda. Explica con su voz gruesa y rasposa la situación: "Mil novecientos cincuenta y ocho. Esta moneda ha viajado veintidós años para llegar hasta aquí. Y ahora está aquí. Y yo también. Y tengo la mano encima. Y solo puede ser cara o cruz. Y a usted le toca decidir".

El hombre, ante la insistencia, acepta. "Cara", dice. Chigurgh levanta la mano y la moneda muestra el rostro de George Washington. Sonríe con malicia y el empleado enmudece.

Chigurgh estira la mano y le entrega la moneda.

"Consérvela, no la mezcle con las otras que se encuentran en su caja registradora, ahí la confundiría y perdería todo su valor. Esta moneda le ha salvado la vida, tiene que tenerla como

un talismán, conservarla y mirarla cada tanto para recordar que su vida continúa gracias a este objeto".

El hombre, sin comprender del todo, hace caso a las palabras de Anton Chigurgh. La guarda hasta 1993, cuando, ya viudo, un tumor lo mata.

Su hija lee el testamento. En él deja escrito su deseo de ser velado a cajón cerrado y con la moneda en uno de sus bolsillos, para que vaya a donde vaya, el objeto lo cuide.

LA BIBLIOTECA (1938-1967)

El 26 de septiembre de 1940 Walter Benjamin se suicida en la frontera franco-española al no poder escapar de los nazis.

Su primer movimiento había sido en Alemania, escapando de Berlín con menos de la mitad de sus libros. Logró de manera astuta adelantarse a la Gestapo y sacar del país dos cofres llenos, incluidos algunos tomos de libros infantiles. Los problemas reales comenzaron en Francia con su vida nómada. No pasaba más de dos semanas en el mismo lugar, su reducida biblioteca

nunca pudo ser ordenada ni abandonar las cajas. Trasladarlas fue un problema y se vio obligado a abandonarlas en un departamento prestado en el que vivía escondido. Solo se llevó un maletín, su contenido sigue siendo un misterio.

Al llegar a la frontera comenzó el declive: se encontraba cerrada. Walter Benjamin decide suicidarse sin saber que al día siguiente la volverían a abrir, aunque suponemos que su muerte está más vinculada a la trágica e imposible idea de vivir una vida sin sus libros ni manuscritos que al terror del nazismo. Su amigo Theodor Adorno lo esperaba en Nueva York; Gershom Scholem, en Palestina: ambos siguieron esperándolo durante varios meses hasta enterarse de su muerte y de la perdida de su biblioteca.

De los libros que quedaron en Ber-

lín nada sabemos, pero los que fueron abandonados en Francia terminaron en posesión de Hans Hofmann, un cínico jerarca nazi que los conservó como botín de guerra.

Los diversos volúmenes adornaron su biblioteca, que hasta ese entonces estaba prácticamente vacía: solo contenía biblioratos con tácticas militares y documentos clasificados. Jamás leyó ninguno de los libros pertenecientes a Walter Benjamin, les daba la misma función que podría haberle dado a una pintura: un mero adorno de fondo para su oficina.

Al terminar la guerra los Aliados irrumpen en su edificio y confiscan los libros del mismo modo que lo ha hecho él, como un premio que se toma del enemigo. Entre cinco hombres separan el botín, cada uno roba treinta ejemplares. La biblioteca como tal ha

dejado de existir, los ejemplares se dispersan por todo Estados Unidos. Uno de los soldados los conserva, otro los tira a la basura, un tercero los dona, de uno nada se sabe y el quinto los vende al Ejército de Salvación de Nueva York. Al tratarse de libros mayoritariamente en alemán, el precio al que son vendidos es ínfimo.

Un empleado los revisa nuevamente a los pocos meses de adquiridos, duda y hace algunas llamadas. Al día siguiente un estudiante los compra todos, por la noche se los muestra a su profesor y amigo, que los reconoce inmediatamente. “Solo pueden ser de Benjamin, no existe una casualidad tan inmensa. Él tenía todos estos títulos”, dice emocionado. El hombre es Theodor Adorno, su alumno se los regala como gesto de admiración.

Adorno los conserva durante más de

diez años hasta que queda en la calle. Se niega a desprenderse de los libros pero se ve obligado a medida que pasa el tiempo, a prenderlos fuego de a poco para poder afrontar el frío del invierno neoyorquino que lo azota en la indigencia.

EL CONTROL REMOTO (2001-2021)

En algún lugar del planeta un hombre cumple una función específica, su trabajo es ajustar las dos partes de la carcasa de los controles remotos que la empresa fabrica. Le es imposible pensar en los consumidores del electrodoméstico, en quiénes serán las personas que presionen los botones que él ya ha tocado por trabajar ahí. La imagen le es difusa por dos razones: porque no tiene tiempo y porque la cantidad de controles remotos que manipula por día le hacen comprender que la cantidad de compradores es

inmensa: no puede graficar un rostro para cada una de esas personas que nunca va a conocer.

En alguna otra parte del mundo un hombre compra un televisor (de esa marca o quizás de otra) y un día se encuentra triste en el balcón de su casa. Su esposa ha ido a visitar a su hermana a las provincias y él se ha quedado solo con el perro, que duerme en el comedor. Pese a que el día está soleado prefiere ocultarse en su casa. El televisor suena de fondo pero no llega a ver las imágenes de la pantalla. Mira hacia la calle y juega con el control remoto, quita y coloca la tapa que cubre las baterías.

Piensa en el hombre que ha construido o ensamblado ese aparato diminuto e insignificante. Lo imagina en una fábrica, haciendo un trabajo manual, pensando en lugares hermosos, en un

futuro. Lo imagina un poco encorvado y con la vista cansada. Lo imagina junto a otros hombres. Sin saberlo está pensando en una persona en específico que existe, aunque no sabe nada sobre su vida ni sobre cómo luce, pero alguien construyó ese aparato, y está pensando en esa persona.

Toma el control y se pregunta cuántos empleados han estado involucrados en su manufacturación, quiénes serán, cómo vivirán sus vidas. Piensa en todos ellos aunque no sabe cuántos son. Comprende que está pensando en personas que no conoce pero que existen. De algún modo el control remoto está haciendo que se comuniquen. "Tellequinesis", piensa.

Se siente mal. Cambia de canal. No hay nada que ver y se aburre. Pasea al perro y resuelve los acertijos de la última carilla del diario.

Una semana después vuelve a encender la televisión y no puede evitar pensar en todas esas personas que no conoce. Están ahí, puede pensar en ellas siempre que se sienta solo, inventarles vidas, historias. Son las personas que construyeron su mundo y eso lo hace sentir contenido.

Gustav Meyrink escribió la novela *El Golem* en 1915, basada en la vieja leyenda judía. La primera tirada fue publicada únicamente en yiddish y se agotó a las pocas semanas. Recién para 1920 se tradujo al alemán y hubo interés por parte del público gentil en la obra que dentro de la comunidad ya era considerada un clásico contemporáneo. Para 1935 se quemaron todos los ejemplares que no se habían vendido bajo estrictas órdenes de Adolf Hitler, quien aseguraba que la novela fomentaba la brujería

judía y la desintegración del nuevo Imperio Alemán mediante sus pasajes cabalísticos.

El Golem era leído en secreto dentro de los guetos, justo antes de shabat, a modo de resistencia secreta contra el régimen. Los nazis registraban cada casa judía que saqueaban en busca de alguna copia del libro para incinerarla. Se cree que quedaron muy pocos ejemplares, al menos del original en yiddish, algunos escondidos bajo tierra y otros en lugares olvidados. Sin embargo, luego de la guerra, han aparecido cientos de copias en diversas librerías de Austria y Polonia. Sus vendedores aseguran que son originales. Han logrado estafar a turistas ricos que gastan sumas ridículas en hacerse con ejemplares que creen antiguos, y que adquieren no como libros sino como amuletos revolucionarios, como

fragmentos vivos de la historia y de la salvación.

En 1994 Yankl Meyer Pukacz vuelve a su pueblo. Belchatow es una minúscula ciudad minera en el voivodato de Lodz, Polonia. Van a presentar un monumento en memoria de todos los judíos de Belchatow asesinados durante la guerra. Va en representación de todos los *belchatowers* que lograron escaparse a la Argentina, que hasta ese momento (1994) seguían viviendo juntos en Villa Lynch y trabajando en una cooperativa textil. Pasea impresionado por un lugar que no reconoce y se saluda con el presidente y otras celebridades políticas que se han acercado al evento.

Luego de la presentación termina de recorrer el lugar, visita la casa donde pasó su infancia. Se siente angustiado y no la reconoce. Habla brevemente

con los actuales inquilinos, tímidos o temerosos, apenas abren la puerta.

Sigue caminando por el pueblo y ve las grandes fábricas que sueltan humo sobre la ciudad. Va acompañado de su esposa, Kreindel Pukacz. Visitan Varsovia. Visitan Cracovia. En alguno de los tres lugares pasean por una feria. Encuentra un viejo ejemplar de *El Golem*. Habla en yiddish con el vendedor, un viejo judío, converso, loco. El hombre le deja el libro a monedas. Mi abuelo duda sobre si se trata de un ejemplar original o una de las copias. De todas maneras lo lee en el avión de regreso a Argentina. Se siente incómodo y cree que el viaje en sí ha sido un error, su existencia cambia. Ya no se siente de ningún lado. Intenta seguir con su vida. Cae enfermo, Parkinson. Muere en 2004. El libro queda en su repisa junto a otros cientos de libros en yiddish.

* * *

Pasa tiempo hasta que vuelvo a la casa, a visitar a mi abuela. Todo sigue en su lugar, nada ha sido alterado, los muebles, los libros, los portarretratos. El orden eterno me da calma pero pese a eso visito muy poco ese lugar por la incomodidad que me genera todo lo que sigo sin saber. Miro los libros y no los comprendo, tampoco a los objetos que adornan y que descansan sobre los muebles.

Por su cumpleaños, voy a visitar a mi abuela. Le regalo tímidamente flores y ella unas fotos viejas de mis tatarabuelos y el ejemplar de *El Golem*.

Guardo las fotos en un cajón para que el sol no se las lleve y ubico el libro en un lugar especial de mi biblioteca. Todos los días veo su lomo, a veces lo abro y observo extrañado sus caracte-

res que no comprendo. Avanzo las páginas (de derecha a izquierda, como se lee en yiddish) y llego al final, que para otro sería el principio. Vuelvo a guardarlo e intento olvidarme, seguir con mi vida, pero no puedo.

ACERCA DE MÍ

Nací en Villa del Parque en 1988, dos meses antes de lo previsto, fecha en la que luego nacería mi sobrino, veintitrés años después.

En 2004 comencé a tratar de escribir ficción, mientras a la vez hacía un fanzine vinculado a la contracultura y música marginal llamado *Ganesha Zine* que duró de 2005 a 2008. En 2007 comencé a estudiar periodismo, y al tiempo, a colaborar con diversos medios (*DMAG*, *Los Inrockuptibles*, *Infobae*).

Desde hace muchos años que registro mis viajes por escrito, un fragmen-

to de mis diarios (*Crónica de mi viaje a Cracovia*) fue publicado en 2009 en la antología del IV Concurso de Relatos Cortos de viaje Moleskine, patrocinada por Ediciones del Viento (España).

Por último: toco el bajo en la banda de *hardcore* instrumental El Ejército de Salvación, tuve la alegría de participar en el comité organizador del I Congreso Internacional Witold Gombrowicz y dirijo el sitio web de cultura lateral Walden: www.waldenmag.com.